

MULTICULTURALIDAD EN LA PERIFERIA URBANA: LA TENSIÓN ENTRE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO*

Raúl Nieto**

La idea general que deseo sostener en este artículo consiste en afirmar que en la periferia metropolitana de la ciudad de México existe una tensión importante entre lo público y lo privado y que la manera de construir y vivir estos dos ámbitos es substancialmente diferente según sea el grupo social del que se trate. Estas distintas formas de asumir y representar la vida urbana dan origen a un tipo específico

de multiculturalidad que es recuperable mediante indagación etnográfica.

1. LA PERIFERIA METROPOLITANA

El concepto de multiculturalidad más que un concepto analítico es un concepto descriptivo que ha sido desarrollado para explicar las diferencias étnicas, lingüísticas y nacionales presentes en Estados Unidos y muchas de las sociedades de la actual Comunidad Europea, pero sobre todo se le ha utilizado para calificar a poblaciones urbanas que han recibido flujos migratorios de distintos países e incluso continentes. Nueva York, Los Ángeles, Chicago, París, además de como megaciudades pueden ser

* Este trabajo es resultado parcial de la investigación Ciudad imaginaria y usos sociales del espacio en la ciudad de México, que actualmente realizo en la UAM-I, bajo el auspicio del Concayt.

** Profesor-investigador, Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México, D.F.

consideradas también como multiculturales. ¿Podríamos considerar a la ciudad de México multicultural?

Sin duda la ciudad ha recibido flujos migratorios importantes a lo largo de su historia; basta con recordar que ella aceptó población de la península ibérica durante cinco siglos; que al principio de la época colonial recibió también población africana y que desde el siglo pasado tuvo una especie de "goteo" demográfico asiático.

Sin embargo, antes de continuar con la exploración de lo multicultural, es necesario referirnos a lo cultural. Empezando con la siguiente definición: se puede considerar a la cultura como el conjunto de actos y discursos donde se elabora la significación de las estructuras sociales, y, por su contribución a la reproducción y transformación de las sociedades; la cultura también puede pensarse como la matriz, consciente e inconsciente, que da significado al comportamiento social y a la creencia.

En ese sentido la cultura no es algo estático, inamovible o único; por el contrario, parto de la idea de que la ciudad de México debe ser abordada desde una perspectiva que considere a la multiculturalidad como una categoría que ayuda a entender la heterogeneidad presente en la composición y experiencia cotidiana de sus distintos habitantes. Es decir, asumo que la experiencia de habitar en esta ciudad no es la misma para todos sus pobladores y que las diferentes maneras de construcción del sentido, de habitarla y representarla, son el resultado, no sólo de su diversidad social, sino de su diversa composición cultural. En suma, en esta ciudad no estamos

ante una única cultura urbana, sino que en ella claramente se distingue una dimensión multicultural donde coexisten distintos sujetos y actores sociales. Al respecto se ha afirmado que:

como tantas otras grandes ciudades, la de México contiene lenguas indígenas de casi todo el país, cuyos hablantes migraron hacia la capital: mixtecos venidos de Oaxaca, purépechas de Michoacán, nahuas de Guerrero y veinte etnias más. De igual forma el inglés, el francés y el alemán, el español con acento chileno, argentino y centroamericano. Además de la información de los mensajes publicitarios, las telenovelas y las series policíacas de los circuitos transnacionales. La capital mexicana se reordena multiculturalmente como articuladora de dispositivos internacionales de gestión, innovación y comercialización: en los teléfonos y faxes se hacen los relatos de la megaciudad así como también en la comunicación televisiva y financiera que la vincula con otros países [García Canclini, 1995: 98].

Además de las dimensiones señaladas, la multiculturalidad en la ciudad se acentúa del mismo modo cuando vemos cómo otras diferencias sociodemográficas de su población, tales como las que surgen del grupo de edad, del género, de la educación y la ocupación, son dimensiones que agregan heterogeneidades que tienen como referente común a esta ciudad.

Las diferencias identificables entre distintos estilos de vida, las percepciones y acciones sociales consistentes con ella, revelan entre otras cosas que lo público y lo privado "son construcciones histórico-culturales" (McLaren, 1994: 57) y en este sentido son susceptibles de

relativizarse. Siguiendo la hipótesis de la existencia de distintas escalas de las esferas públicas (Keane, 1995: 9-16) podemos afirmar que este trabajo se concentrará en las microesferas, es decir, aquellas que tienen como referente un nivel local y doméstico y que involucran la vida cotidiana de las personas.

Para efectos de este trabajo se considerará como la periferia metropolitana de la ciudad de México, a la zona formada por 18 municipios del Estado de México, que circundan —por el norte, oriente y poniente— al Distrito Federal (D.F.) mediante procesos claros de conurbación y a las tres delegaciones políticas —Tláhuac, Milpa Alta y Magdalena Contreras— del sur del D.F.

Cierto sentido común, sobre la periferia metropolitana, construido sobre todo desde el D.F., concluye rápidamente que ésta se presenta como una zona relativamente homogénea, caracterizada por la pobreza, el desempleo estructural y la baja escolaridad de sus habitantes; también pensada como sinónimo de carencia o precariedad de servicios públicos urbanos básicos e improvisación de la vivienda. Así mismo, y a pesar de haber sido escenario de importantes procesos de organización civil, se tiende a subrayar la predominación de formas clientelares por medio de las cuales el Estado ha regulado el proceso de acceso a la propiedad del suelo urbano.

Sin embargo, una mirada más atenta —etnográfica— sobre de ella, puede identificar fácilmente que la periferia no es tan homogénea como parece a simple vista. En efecto, se puede apreciar que no ha crecido homogéneamente; sino que es el resultado de diferentes etapas

de formación, donde las consecuencias de la migración de distintas entidades del país han recreado en la metrópoli verdaderos enclaves étnicos y regionales, a contrapelo de esta especialización geográfica y cultural de algunas de sus zonas, actualmente se puede observar que ésta es la principal zona receptora de población nacida en el Distrito Federal y el punto de retorno de muchos migrantes que han estado laborando y viviendo en los Estados Unidos. Por otra parte la historia de los movimientos urbano populares, que han tenido como escenario a la propia ciudad, demuestra que mediante complejos procesos de negociación con el Estado se ha logrado una mayor consolidación de los servicios urbanos, sobre todo en las zonas más antiguas; que también existen diversos niveles en la regularización de la tenencia del suelo urbano, lo que se ha traducido en que la gran mayoría de sus habitantes —a diferencia de los del D.F.— sean dueños del techo que los cubre. En fin, que a pesar de estar en una constante expansión —en cuanto a kilómetros cuadrados y millones de habitantes— podemos hablar de las distintas formas de habitarla que nos demuestran claramente su multiculturalidad. No sobra recordar que esta zona, sobre todo en su parte norte y oriente, es el asiento de una importante franja del mercado de trabajo urbano de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM).

Finalmente, y esto parece una perogrullada, la periferia del D.F. no es sólo asiento de sectores populares: como bien se sabe, sobre todo en el poniente pero también en el sur de la metrópoli, se ha

desarrollado, al menos durante las dos últimas décadas, una importante zona de nuevos asentamientos destinados a una población de alto poder adquisitivo y sectores medios en ascenso social, que resultan particularmente beneficiados de las políticas neoliberales de los últimos quince años. Estos sectores, con el paso del tiempo han construido formas de vida suburbanas y han sabido dotarse de las comodidades necesarias para no padecer su alejamiento del centro histórico de la ciudad o de las zonas donde habitan sus ascendentes. Tal vez exageradamente, hace ya muchos años, cuando aún era incipiente este proceso, Carlos Monsiváis denominó a estos sectores como la primera generación de norteamericanos nacidos en México. A estos sectores medios, y medio-altos urbanos se les denomina despectivamente —desde el sur de la metrópoli— como satelucos.

¿Bastan los elementos señalados para formular una casuística que haga evidentes los distintos usos, estilos, prácticas individuales y colectivas presentes en la diferenciación social? Creo que no. Una mirada así de “agregada” de esta gran zona de la ciudad no puede establecer diferencias significativas entre los distintos tipos y estilos de vida presentes en la periferia, que realizan los diferentes grupos sociales. Para poder hacerlo es necesario intentar algún tipo de análisis que rescate los diversos procesos de socialización e interacción presentes en la zona referida que haga relevantes las maneras en que ha sido espacial y temporalmente construida la periferia.

2. DOS FORMAS DE CONSTRUCCIÓN DE LA PERIFERIA

De manera exploratoria propongo que para entender la multiculturalidad de la periferia se puede elaborar un modelo de oposiciones que haga relevantes los distintos procesos —no planificados— con los que fue formada la periferia metropolitana que actualmente conocemos.

Si resumimos la forma en que se expandió la metrópoli podemos observar que básicamente han sido dos procesos distintos —si bien complementarios— los que explican el crecimiento metropolitano: por una parte, la conurbación de pequeñas poblaciones de origen y actividades rurales que terminó por aprovechar y potenciar la infraestructura mínima con que ya contaban tales asentamientos en los que se dio alojamiento a nuevos pobladores; y, por la otra, la expansión sobre la frontera agrícola, parques nacionales, terrenos ejidales y comunales y reservas territoriales de distintos proyectos y procesos de urbanización (no siempre legales, como bien se sabe) que en general difícilmente han sido dotados de servicios. Entre ambas formas se da un sistema que se evoca y sostiene mutuamente en sus representaciones y prácticas sociales. Examinémoslo brevemente.

2.1. *Los antiguos pueblos transformados por la ciudad*

Dentro de la primera forma que nos interesa comentar —la de la conurba-

ción— también podemos identificar al menos dos modalidades que, por ser extremas son ilustrativas de los límites sociales que ha adquirido la absorción de pequeños pueblos por la ciudad:

a) El norte fabril y obrero

En la zona norte de la ciudad existen los municipios conurbados más antiguos. Ejemplo de ellos son Ecatepec y Tlanepantla que gracias a la expansión industrial, desde hace más de seis décadas son actualmente vestigios vivientes de una industrialización —arcaica en épocas de globalización— y lugar de asentamientos de sectores proletarios en decadencia. En estos pueblos urbanizados y proletarizados, la trama urbana de la vida social ha generado una tensión entre lo público y lo privado; al mismo tiempo que, por una parte, el modelo capitalista industrial mexicano les asignó a estas pequeñas poblaciones una de sus funciones más importantes: ser las receptoras de una pujante nueva clase obrera industrial (en su momento sinónimo de la modernidad económica y política); por la otra, en estas poblaciones tradicionales se manifiesta una especie de control social que ejerce la comunidad sobre sus habitantes nativos (sean estos obreros o no) y sobre los avocindados recientes. Dado que la vida comunitaria existía de una manera muy intensa desde antes de que físicamente fuesen tocados por la ciudad, las formas de vida y visiones del mundo y los valores comunitarios de una pequeña comunidad corporada, de alguna manera subsistieron en un nuevo contexto de actividad propiamente urbana e indus-

trial. Pero esa subsistencia no se dio lisa y llanamente sin problemas. Algo que es digno considerar es que antiguas estructuras e instancias que vertebraban la vida comunitaria subsistieron transformándose en la nueva situación urbano industrial. Tal es el caso de las estructuras religiosas y barriales; en ellas la vida comunitaria sigue encontrando un aliento muy importante y, desde luego, hay que mencionar que la clase obrera participó de una manera significativa en todos los aspectos de su ritualidad. Estos aspectos, por cierto, no son ajenos a las fábricas donde se trabaja. En las que muchas veces se reproduce la imágenaría popular religiosa y se organizan prácticas religiosas que tienen que ver con la vida de los pueblos donde están asentadas (cf. Sánchez Morales, 1991; Nieto, 1992).

Por otra parte, la vida comunitaria original no descansaba necesariamente sobre economías domésticas urbanas. Las formas de vida material y las estructuras de valores suelen estar impregnadas todavía de una cierta ruralidad: era común ver que la gente en estos pequeños pueblos urbanizados arreglase su ciclo de vida conforme a las campanadas de la iglesia local; el tiempo siguió manteniendo un ritmo tradicional donde las fiestas religiosas del barrio y del pueblo, así como las festividades civiles, escolares y familiares le daban sentido al año. En algunos casos era paradójico observar en estos pueblos cómo se superponían, con los silbidos que anuncian los distintos turnos de las fábricas, los sonidos de las campanas y de algunos animales como vacas, puercos y gallinas que todavía se conservan.

Al lado del trabajo domiciliario extendido en estos pueblos igual que en otras zonas proletarias, es factible encontrar actividades económicas más cercanas a la vida rural como la crianza de animales, la molienda del grano para hacer masa (y posteriormente, en no pocos hogares proletarios, tortillas), o incluso el cultivo de ínfimas superficies agrícolas que milagrosamente han subsistido envueltas en un ambiente de febril actividad urbana e industrial.

En la vida social que realizan los distintos grupos de edad y género proletarios que habitan estos pueblos, es factible encontrar restricciones más severas con las mujeres y los niños. En estos asentamientos la calle es fundamentalmente un sitio de ritualidad comunitaria, de transporte e incluso de socialización, pero en la medida en que la angosta y no pocas veces errática traza pueblerina no facilita el tráfico vehicular urbano, la vía pública adquiere ritmos distintos a los de la ciudad central.

Además de las pequeñas misceláneas, aquí la iglesia ha jugado un papel importante en la socialización de los adolescentes a diferencia de los otros lugares de residencia de los sectores proletarios. Por su parte, las mujeres resuelven en los límites del pueblo su vida diaria y sólo de manera excepcional salen de él casi siempre acompañadas del hijo pequeño o de otra mujer, con la que pueden o no estar emparentadas.

Otra diferencia significativa consistía en el reconocimiento que los mismos obreros hacían entre los "nativos" del pueblo —que son conocidos y reconocidos por todos— y los "recién llegados" quienes pueden tener antigüedad en la

localidad superior a 15 años pero que, para efectos del sistema clasificatorio local, son muy distintos a los nativos (con sus derechos y deberes "naturales"). Las viviendas de los nativos normalmente están instaladas en un gran solar de propiedad familiar que ha ido subdividiéndose para atender las necesidades de la habitación de la familia extensa en la que puede haber varias unidades domésticas obreras. Las de los vecindados suelen ser cuartos de vecindad rentados —muy similares a aquellos de los que provienen de la ciudad central— o pequeñas casas autoconstruidas en terrenos adquiridos, a veces de manera ilegal, en lo que fueron áreas agrícolas ubicadas en la orilla de la traza original de la población.

Para terminar este apartado no quisiera dejar la impresión de que estas formas de vida (¿urbanas?) son las dominantes en la ciudad; en realidad la minoría de los obreros viven en este tipo de asentamientos. Sin embargo, los hemos incluido en esta parte como un ejemplo de cómo la vida comunitaria puede absorber, por así decirlo, la privacidad de sectores que en otros contextos se desarrollan de manera distinta.

b) El sur bucólico

A contracorriente de la experiencia anterior podemos narrar otra forma muy diferente a como han subsistido los pueblos antiguos y tradicionales de la periferia sur del D.F. Como ejemplo podemos tomar el caso de los pueblos de San Pedro Mártir, San Miguel Xicalco y San Andrés Totoltepec en la Delegación de Tlalpan.

Estos pueblos, con varios siglos de historia y ubicados a la salida de la carretera a Cuernavaca, han ido perdiendo paulatinamente sus tierras agrícolas por medio de ventas fraudulentas y procesos de invasión que han terminado por urbanizar buena parte de sus antiguos campos de cultivo, tierras ejidales y comunales. Sin embargo, a diferencia de los del Norte industrial, que vimos en el apartado anterior, estos pueblos se ven asediados por el capital inmobiliario que valora altamente sus tierras. De esta manera, en sus intersticios se han desarrollado distintos asentamientos de sectores medios y altos que han adquirido estas propiedades como una suerte de marca de distinción. Es importante señalar que estos sectores valoran altamente la ubicación sureña de estas tierras, ya que sobre de ellas existe un imaginario dominante que las asocia a lo verde, al bosque, a la ecología, a la no aglomeración, a lo bucólico, es decir a lo más lejano del norte con su industria y contaminación; y, por añadidura, la presencia de pueblos añejos agrega junto a la tradición una suerte de abolengo a sus habitantes.

Por ello se puede explicar que, a diferencia de los avocados del norte, estos nuevos vecinos no necesariamente entran en conflicto explícito con la población originalmente nativa y de alguna manera están interesados en que estas zonas se preserven y no se depauperen (desprecien) con la llegada masiva de migrantes pobres (con los locales —como un toque de folklore— ya basta). Los llamados condominios horizontales florecen en el contexto de estos pueblos.

Tal vez a manera de ejemplo extremo

podemos citar el desarrollo urbano-ecológico de Tlalpuente. Este desarrollo se origina de un proyecto ecologista desplegado sobre una montaña arbolada de coníferas donde un grupo muy pequeño de familias es propietaria de enormes extensiones de bosque. Este modelo impone restricciones importantes a sus propietarios que no pueden más que construir en un porcentaje reducido de su propiedad y si deben, en cambio, preservar el bosque en que se encuentran asentados. No existen calles asfaltadas sino más bien largos y angostos caminos empedrados de un sólo sentido que forman algunos circuitos entre las propiedades; existían proyectos de manejos biológicos de los desechos y el agua se reciclaría. Esta zona no es visible desde la carretera y a pesar de que se encuentra rodeada por los pueblos mencionados sus interacciones con ellos se reducen a un contacto mínimo en la obtención de servicios tales como la jardinería, servidumbre doméstica y algunos oficios.

Dada la extensión de las propiedades de este lugar, en el que como en muy pocos de la ciudad, no existen vecinos molestos o indiscretos no hay vendedores de puerta en puerta, ni tráfico vehicular, el ruido es el de la naturaleza “virgen”, el acceso de extraños está sumamente controlado, con lo que es posible además desarrollar una percepción de seguridad. En suma, vivir en este lugar significa una gran marca de distinción y sus habitantes por ello tienen en alta estima la privacidad que han podido construir de espaldas al mundo público representado no sólo por los pueblos vecinos, sino por la ciudad (y sus problemas) en su conjunto.

2.2. *La autoconstrucción del futuro*

El crecimiento urbano no sólo tuvo como origen la invasión y transformación de los antiguos pueblos vecinos a la ciudad de México, también es el resultado de la expansión incontrolada de innumerables asentamientos, fraccionamientos, colonias sobre zonas deshabitadas, terrenos de difícil acceso, y tierras de escaso valor agrícola. Espacios en los que miles de familias obtuvieron lo que la ciudad central les negaba: la propiedad del suelo y un techo que las cubriera a ellas y a sus descendientes.

Es muy complejo este proceso y no es el caso aquí reseñarlo en detalle. Basta por ahora recordar que cientos de hectáreas fueron paulatinamente incorporadas a la ciudad, que lentamente fue perdiendo el carácter provinciano que aún poseía a principios de siglo, y paulatinamente adquirió el tono gris del tabicón de las construcciones improvisadas y autoconstruidas por sus moradores. Así, mediante procesos de invasión urbana de predios públicos y privados, y ventas ilegales, surgieron las denominadas ciudades perdidas, eufemismo que designaba a los asentamientos irregulares urbanos carentes de los más elementales servicios.

Esta segunda modalidad de crecimiento metropolitano formó prácticamente todo el oriente de la ciudad y un buen tramo del poniente. Sin embargo, las experiencias en ambas no fueron las mismas.

a) El oriente popular

La zona oriente de la ciudad se extendió sobre la superficie de un lago práctica-

mente seco desecando antiguas formas prehispánicas de agricultura como las chinampas. Esta zona desde los años sesenta tuvo la mayor tasa de crecimiento metropolitano. Durante mucho tiempo la sociedad urbana se negó a aceptarla como parte de sí misma. Por ello esta gran zona popular recibió un gran estigma que la asociaba a la basura, a la delincuencia y al vicio.

El costo de esta estrategia popular para dotarse de vivienda significó que durante generaciones enteras las familias ahí asentadas debieron vivir en procesos de autoconstrucción de viviendas, envueltas en múltiples gestiones para obtener servicios urbanos y educativos. No pocos niños —ahora adultos— crecieron entre montones de arena, varilla y tabicones mientras esperaban el día de descanso familiar para continuar la construcción de su vivienda.

Con no poco trabajo y a fuerza de voluntad las zonas habitadas fueron transformándose. Al paso del tiempo, las calles fueron asfaltadas, las aceras construidas, se introdujo el drenaje y el agua potable, se instaló el alumbrado público, y los árboles se sembraron. Todo esto como resultado no tanto de una gestión municipal eficiente, sino gracias al esfuerzo colectivo de los grupos organizados y múltiples e incontables empresas personales. El resultado fue que el ambiente desértico e inhóspito original fue domesticado permitiendo así el surgimiento de una intensa vida social.

En el oriente de la ciudad el empleo fue inventado en las viviendas mismas: cientos de pequeñas empresas familiares y de talleres domésticos (maquilas)

fueron floreciendo y dando empleo a familias que crecían en número y necesidades. Actualmente es perfectamente identificable esta zona de la ciudad como una importante área de confección de ropa, manufactura de calzado y otros productos de piel, plástico, etc., que se fabrican artesanalmente, con mínima maquinaria y utilizando intensiva y extensivamente el recurso que abunda: la fuerza del trabajo.

Estos últimos, entre otros rasgos, ayudaron a que la sociabilidad que se desarrolló durante décadas en esta parte de la ciudad se estructurara, por así decirlo, con la puerta de la casa abierta hacia la calle. Las redes de paisanaje, reciprocidad, afinidad y parentales fueron la trama en la que se tejió una densa vida de barrio que al no conocer antecedentes en la zona fue reinventada. La vida en la colonia, el vecindario, fue el resultado de múltiples experiencias acumuladas; donde cada quien puso su parte, es decir, lo que había adquirido y aprendido en otras ciudades del país, en otras colonias de la ciudad de México y en no pocos casos, fue la primera experiencia urbana para viejos habitantes migrados del campo. Esto explica en parte la gran tolerancia y diversidad de valores que ahí se desarrollaron, a la par de un gran sentimiento de solidaridad en la construcción pionera de un ambiente urbano.

Dada la ausencia de estructuras religiosas fuertes y previas en la zona, la vida social ha podido desarrollarse de una manera secularizada en mayor o menor medida. Los habitantes en general mantienen frente a la religión una mayor distancia y tolerancia. En efecto, para muchos las opiniones sobre reli-

gión y política, se asumen como asuntos privados en los que no hay que meterse. La gran mayoría de sus habitantes se declaran católicos pero las formas en que participan de la religión institucionalizada y en las iglesias, pueden diferir hasta dentro de la misma familia.

En suma, puedo sostener la hipótesis de que el desentendimiento, abandono o impotencia estatal frente a las inmensas necesidades colectivas de esta población, propició la consolidación de un ethos donde lo público y lo privado no se definen a la manera clásica como lo político y lo doméstico (enfrentados en un mundo donde las relaciones importantes son las que se dan entre el individuo y el Estado), sino que en esta zona, estas dimensiones se resignifican de distinta manera; en el oriente se asume que la dimensión de lo familiar y de lo doméstico es asunto de interés, si no general, si de una manera grupal; como patrimonio que debe ser conservado. Esta idea se refuerza si recordamos el carácter por cuenta propia de la mayor parte del empleo en la zona.

b) El poniente capitalizado

En el poniente de la ciudad, entre cañadas y sobre minas de arena abandonadas se ha desarrollado un proceso de urbanización similar al descrito arriba para el oriente pero este ha sido mucho más reciente. A diferencia del oriente, donde el crecimiento se dio sobre una basta extensión plana, el poniente ha debido consolidarse en los nichos que la abrupta orografía le ha permitido. En los que la desigualdad social ha florecido: al mismo tiempo que se dan procesos

de habitación popular similares a los del oriente (que vimos en el apartado anterior y por ello no nos detendremos en ellos), esta zona ha sido recuperada por el capital inmobiliario para ofrecer alternativas de vivienda a sectores medios altos y/o en ascenso social, quienes son también el resultado demográfico de una política neoliberal, que a nivel nacional ya lleva tres sexenios, y que no sólo provocó miles de familias pobres sino que al lado de ellas produjo demandantes de viviendas de lujo.

Por ejemplo, en la zona de Bosques de las Lomas e Interlomas, ubicadas en el municipio de Huixquilucan, es observable desde hace una década cómo estos sectores en bonanza económica, mediante grandes inversiones de capital, asesoramiento urbanístico y desplegando proyectos arquitectónicos de primer nivel, han logrado transformar un ambiente hostil de minas abandonadas y terrenos de escaso valor comercial, en la zona más cara de la ciudad, sitio donde actualmente proliferan altos edificios de condominios de lujo (cuyas rentas y valores se cotizan en dólares); donde se han ensayado réplicas apresuradas de los barrios elegantes de la ciudad antigua, o bien se han emulado formas arquitectónicas posmodernas típicas de muchas de las ciudades mundiales. En esta zona, al lado de esas formas de vivienda, también han florecido centros corporativos de grandes empresas, universidades privadas, centros comerciales de gran escala y las vialidades suburbanas que hablan del estilo de vida de sus habitantes y vehículos. Estas zonas pueden ser consideradas como verdaderas ciudades dormitorio donde la vida

barrial es prácticamente inexistente. Estas generaciones nuevas de ricos mantienen cercanía con las generaciones que les antecedieron en las Lomas y el Pedregal de San Angel, sin embargo se saben distintos a ellos y pioneros en esta empresa de domesticación de la ciudad.

3. COMENTARIOS FINALES

En las páginas anteriores no pretendí exhaustividad en la descripción o tipología de las formas de habitar en la periferia de la ciudad. Tan sólo deseaba, mediante el contrapunteo de situaciones extremas y utilizando mi propio imaginario, dar cuenta de los límites sociales presentes y obvios a una mirada etnográfica.

Sin embargo, esta inabarcable ciudad se expande de manera incesante y en ella aparecen las nuevas ritualidades urbanas con su carga de variabilidad. El consumo de bienes simbólicos presente y su desigualdad nos hablan al mismo tiempo de la existencia de un provincianismo y de un cosmopolitismo periféricos.

Las formas de vida brevemente reseñadas nos recuerdan que las típicas oposiciones entre el centro y la periferia, entre modernidad y tradición, lo local y lo global, deben ser repensadas como un sistema de añadidurias que articula tanto prácticas sociales como representativas. Que nos recuerdan que parte del proceso de modernidad de la sociedad urbana pasa por una reactualización de la tradición y una reinención de sí misma. La globalización implica formar

nuevas localidades culturales. La multiculturalidad no sólo tiene la vertiente que surge de la globalización y los mass media de escala planetaria (megaesferas públicas de las que hablaba Keane), también tiene raíces en las historias urbanas particulares de los grupos y de las clases sociales que la forman, en sus prácticas y en sus representaciones imaginarias.

BIBLIOGRAFÍA

- CORNEJO Castillo, Claudia (1999), *Organizaciones no gubernamentales ¿Hacia una cultura de la democracia?*, tesis de licenciatura en Antropología Social, México, UAM-I.
- GARCÍA Canclini, Néstor (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- KEANE, John (1995), "Structural Transformations of the Public Sphere", *The communication Review*, vol. 1, núm. 1, San Diego.
- MCLAREN, Peter (1994), "White Terror and Oppositional Agency: Towards a Critical Multiculturalism", David Theo Goldberg (ed), *Multiculturalism, A Critical Reader*, Oxford-Cambridge, Blackwell.
- NIETO, Raúl (1990), "La condición urbana de la clase obrera en el Distrito Federal", *Alteridades*, año 2, núm. 3, México, pp. 41-50.
- NIETO, Raúl (1998), "Experiencias y prácticas sociales en la periferia de la ciudad" en Néstor García Canclini (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, vol. 1, México, D.F., UAM-Grijalbo, pp. 234-277.
- NIVÓN, Eduardo (1998), "De periferias y suburbios. Territorios y relaciones culturales en los márgenes de la ciudad", en Néstor García Canclini (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, vol. 1, México, D.F., Grijalbo/UAM, pp. 205-233.
- PORTAL Ariosa, María Ana (1997), *Ciudadanos desde el pueblo. Identidades urbanas y religiosidad popular en San Andrés Totoltepec*, México, CNCA/UAM.
- SÁNCHEZ Morales, Eduardo (1991), *Aquí morimos... pero no corrimos. Una monografía de los obreros de Aceros Ecatepec*, tesis de licenciatura en Antropología Social, México, UAM-I.
- VARELA, Roberto (1992), "El concepto de cultura política en la antropología social mexicana contemporánea", en Esteban Krotz (comp.), *La cultura adjetivada. El concepto de "cultura" en la antropología mexicana actual a través de sus adjetivaciones*, México, UAM-I.
- VERNICK, Esteban (1996), "Comunidades cercadas: la exclusión urbana en la televisión y la vida", *Perfiles Latinoamericanos*, año 5, núm. 9, México, Flacso, pp. 85-100.